

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.  
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

## Las riquezas y la conciencia.

Hemos puesto en relieve los trabajos intelectuales y corporales que lleva consigo el amor desordenado de las riquezas. Vamos a exponer en este artículo los daños que causa en la conciencia.

El Apóstol asegura que la avaricia es la raíz de todos los males. *Radix omnium malorum est cupiditas* (1). Y cuánta sea la gravedad de este pecado, manifiéstalo diciendo que *la avaricia es servidumbre de ídolos* (2). Nicolás de Lira expone las palabras del Apóstol diciendo que así como el idólatra pone su esperanza en los ídolos, el avaro confía en su dinero, y hace del oro su dios, sacrificando en aras del vil inte-

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.

rés su inteligencia, su corazón, su conciencia y su eterna salvación. Bajo este aspecto ha dicho Santo Tomás (1) que la avaricia es el mayor de los pecados, toda vez que envuelve un desprecio de Dios, incalificable, y el avaro antepone un vilísimo bien a Dios, bien soberano é infinito, digno de ser amado sobre todas las criaturas. La pasión del oro oscurece la inteligencia, nubla el sol de la fé, corrompe los sentimientos nobles del corazón, y convierte al avaro en un loco de la peor especie, porque así como el demente ya no vé las cosas como son en sí sino como se las pinta su loca fantasía, así el avaro, iludido por el engañoso espejismo de los bienes materiales, deslumbrado por el falso resplan-

1. 1.<sup>a</sup> ad Thim. cap. VI.

2. Ad Ephs. V.

dor de las riquezas, dominado por la codicia no vé más que oro y plata, no piensa más que en lucros y negocios, no entiende más que del tanto por ciento, de papel moneda, de acrecentar su capital sin reparar en los medios. ¿Qué le importan los daños de la conciencia si prosperan sus negocios? Venga la ruina del alma con tal que se llene el arca. *Lucrum in arca, damnum in conscientia* (1). La avaricia es una madre fecunda que engendra una multitud de vicios y pecados. Rapiñas, fraudes, traiciones, injusticias, simonías, desfalcos, violencias, todos estos pecados, y otros muchos que asuelan la tierra salen de la avaricia, ó mejor del corazón del avaro, como de un abismo lleno de iniquidad y corrupción. Es el corazón duro que con tan vivos colores describe S. Bernardo, insensible á las desgracias públicas, á los lamentos del enfermo, á las lágrimas del huérfano, á las miserias del pobre y á los harapos del mendigo. No le pidáis buena fé en sus contratos. No la conoce. La mentira y el engaño son medios que él estima eficaces para vender caro y comprar barato. **Asusta el estado social presente á**

(1) S. August in sermone de innocentibus.

causa de la avaricia. Nada más comun en nuestras poblaciones que la defraudación en pesos y medidas, en la naturaleza y calidad de los objetos. Robar por el engaño, por la mentira, por arte de inicuas suplantaciones es hoy moneda corriente. *Todos los días amanece un tonto*, y consiste en que todos los días abundan los bribones. La buena fé es un mito. Sin pecar de pesimistas, podemos afirmar que esa virtud social, llamada á ser la regla general de los contratos humanos, solamente aparece como reducido compendio de honrosas excepciones.

Levantando un poco la vista, contemplamos en más altas esferas el funesto y escandaloso reinado de la avaricia, pero de la avaricia insolente, descocada, cínica hasta el punto de pasearse triunfante y cercada de resplandores sobre las ruinas amontonadas por sus latricinios, sin que la espada de la justicia salga de su vaina para castigar sus desafueos, ni los jueces de la tierra se atrevan á condenar tamaña violación de las leyes divinas y humanas.

En el Diccionario de la justicia moderna hay un mologismo que sirve solamente para escarnecer á la justicia y santificar el cri-

men. Los contratos escandalosos se apellidan negocios; los despojos violentos y sacrílegos, *incauciones*; los robos en grande, *irregularizaciones*; á las concusiones públicas, *hechos afortunados*; á los contratos usurarios, *ganancias legales*; á las iniguas manobras de los bolsistas, operaciones hábiles, que recompensan el ingenio y la astucia con fabulosos rendimientos á costa de muchos credulos estafados, de muchas familias arruinadas, á expensas del honor, y de la justicia, y al alto precio de la condenación eterna; que si la justicia humana enmudece, y los códigos humanos no tienen castigos para tantos bribones de civilizados á la moderna, no faltará la justicia eterna, ni será letra muerta el código del Evangelio que aun en esta vida suele vengar con ejemplares castigos los desafueros y prevaricaciones que dejan impunes las leyes humanas. Pero llegará el momento solemne de la liquidación universal, de juntar y completar reparaciones; sonará para todos la hora suprema, la última del tiempo y la primera de la eternidad, y será inevitable, necesario, comparecer ante el juez de vivos y muertos, que fallará con fallo inapelable las causas de todos los nacidos; y

está escrito que los avaros, los bribones de guante y frac, como los ladrones de baja estofa, si no mueren arrepentidos y dejando satisfecha la ley de la justicia, serán condenados á eterno suplicio en abismo de fuego y de horrores sempiternos.

Z. M.

### El Catolicismo en Inglaterra.

Los progresos que hace el Catolicismo en Inglaterra, casi exclusivamente á costa de la iglesia anglicana, toman poco á poco una extensión que comienza á permitir la duda acerca de la consistencia del protestantismo en Inglaterra. La relación última de los convertidos del anglicanismo al Catolicismo, da cuenta de siete convertidos que son miembros del consejo privado, 33 que pertenecen á la Cámara de los Señores y 82 á la Cámara baja ó de los Comunes. Han pasado además al Catolicismo 1031 personas distinguidas que pertenecen á la nobleza y á la alta sociedad de Inglaterra; 142 al ejército, entre éstos un capitán general y seis oficiales generales; 29 á la escuadra, entre ellos siete almirantes; 48 médicos, 72 altos empleados de los tribunales de justicia y abogados, 12 empleados del ministerio de la Guerra y 337 ministros protestantes.

No es de admirar que ante tan elocuentes testimonios exclamara el Cardinal Manning, cuando la consagración de la iglesia-oratorio de Londres: «Será mucho decir, si afirmo que el pueblo in-

gles se aparta cada vez mas resueltamente del protestantismo? Como forma negativa ó como una resistencia á la Iglesia Católica existe todavía el protestantismo; pero como creencia religiosa ha desaparecido ya.

»Apresurémonos nosotros á recoger la cosecha de lo que habíamos sembrado.»

Un partido todavía poderoso, el de los ritualistas, es celoso sostenedor de la extensión de Roma, pues bajo el pretexto de querer hacer mas elocuente y vivo el culto de la iglesia anglicana, en contraposición con el severo puritanismo, han introducido los ritualistas los Crucifijos, velas, incienso, vestiduras sagradas, trajes talaris, conventos y hasta la confesión auricular. Se acercan tanto y tanto á la línea divisoria de Roma, que sólo les falta un solo paso para penetrar en el seno del Catolicismo. Y si no, piénsese que de 20.000 ministros de la Iglesia oficial de Inglaterra, 10 ó 12.000 pertenecen al ritualismo, unos 3.000 á la Iglesia reformada y el resto pertenece fiel á las creencias protestantes y al reconocimiento de la época de la Reforma.

#### *Pensamientos de vida ante la muerte.*

De San Camilo de Lelis se refiere, que cuando se inclinaba sobre el hoyo de las sepulturas, se decía á si mismo: *Si volverán los muertos á este mundo, ¿qué no harían para la vida eterna? Y yo que tengo tiempo, ¿qué hago para la salud de mi alma?*

Un cazador halló á un solitario cu-

bierto de lepra y á punto de morir, cantando muy alegre. «¿Cómo en este trance podeis cantar y alegraros?» le dijo el cazador; y el ermitaño contestó: «Hermano mio, entre Dios y yo no hay otro muro de separación que este cuerpo: ahora que le veo caer á pedazos, conozco que voy á gozar de Dios y me consuelo y canto.»

La prensa revolucionaria moderada de Italia comienza á protestar contra las violencias cometidas por los enemigos de la Iglesia. La violenta expulsión de las Religiosas ha producido cierta reacción, y muchos periódicos malos la censuran, diciendo que es un vergüenza y una ignominia expulsar de sus casas á las pobres Religiosas.

#### **La señora Rizan.**

(Continuación.)

Mucho tiempo hacia ya que no la dejaban un solo instante, velándola de día y de noche. El sábado 16 de Octubre, una violenta crisis fué anuncio de que se acercaba decididamente el instante supremo. Los esputos de sangre eran copiosos y continuados: su palidez cadavérica extendióse por su rostro demacrado, en el cual apenas se distinguían sus ojos vidriosos y apagados. La enferma apenas tenia aliento mas que para quejarse. — «¡Señor, repetía frecuentemente, por qué no poneis término á mis terribles sufrimientos!»

— Pronto verá satisfechos sus deseos, dijo al despedirse el doctor Subervielle. A lo mas que alcanza será al amanecer

del nuevo día: es una luz que se apaga por acabarse el aceite.

De cuando en cuando se abría la puerta. Los amigos, los vecinos y los sacerdotes entraban silenciosamente y preguntaban si la enferma vivía aun.

Al separarse de ella, muy entrada ya la noche, el reverendo Dupont, su confesor y amigo, no pudo contener una lágrima.

—Morirá esta noche, dijo, y ya no volveremos á vernos hasta el Paraíso celestial.

Había llegado la noche. Paulatinamente había ido quedando sola la casa. Lubina sin esperanza alguna y sola en la tierra, rezaba arrodillada y vertiendo amargo llanto ante una imagen de la Virgen. Solo interrumpía el medroso silencio el penoso estertor de la moribunda. Era cerca de media noche.

—¡Hija mía! dijo la moribunda.

Lubina se levantó y acercóse al lecho.

¿Qué queréis, madre mía? le preguntó, cogiéndole cariñosamente la yerta mano.

—Mirá, hija, le dijo con voz apagada la enferma, cual si acabara de volver de un profundo letargo; quisiera que fueses á casa de nuestra buena amiga la señora Messans, que esta tarde debe haber vuelto de Lourdes. Pídele un vaso de agua de la Gruta, pues me da el corazón que esa agua ha de curarme. La Virgen lo quiere.

—Madre, contestó Lubina, es demasiado tarde. Además, no puedo dejaros sola, y en la casa de la señora Nessans estarán todos acostados. Mañana en cuanto amanezca, os prometo ir á buscarla.

—Aguardemos, pues.

La enferma volvió á quedar tranquila. Pasó la noche, larga como todas las que trascurren junto al hecho de un moribundo.

Las campanas con sus alegres repiques, llamando á los fieles al templo por ser día festivo, anunciaron la llegada del día. El *Angelus* de la mañana llevaba hasta el trono de la Virgen las oraciones de la tierra y celebraba la eterna memoria de su omnipotente maternidad. Lubina, según ofreciera á su madre, se fué á la casa de la señora Messans, y volvió inmediatamente á la suya, trayendo una botella del agua de la Gruta.

—Tomad, dijo, madre mía, beber, y que la Virgen Santísima os ayude.

La señora Rizan llevóse el vaso á los labios y bebió algunos sorbos.

—¡Hija de mi alma, exclamó, ¿qué es esto? estoy bebiendo la vida! ¿esta agua es vida! ¡Frótame con ella el rostro, los brazos, todo el cuerpo!

Trémula y fuera de sí, empapó Lubina un lienzo en el agua milagrosa, y lavó el rostro de su madre.

—¡Estoy curada! dijo está enseguida con voz clara y enérgica. ¡Estoy curada!

—Lubina, sin embargo, continuó fro-tando los miembros desprovistos de movimiento y sensibilidad de la pobre enferma. Embriagada de felicidad, pero presa al mismo tiempo de misterioso terror, contemplaba desaparecer la hinchazón al impulso del movimiento de su mano, y tomar el cutis amoratado y reluciente su aspecto natural. Bajó sus dedos renacia la vida sin transacción alguna, de un modo rápido instantáneo.

—Páreceme, decía la madre, que por

cada uno de los poros están saliendo de mi cuerpo granos abrasadores.

Era sin duda el principio interior del mal que abandonaba aquel cuerpo hasta entonces tan atormentado por el dolor, y que le abandonaba para siempre obedeciendo las prescripciones de una voluntad sobrehumana.

Cuanto hemos dicho habiase realizado en menos tiempo del que para referirlo se necesita. En el breve período de uno ó dos minutos, el cuerpo cadavérico de la señora Rizan, lavado por su hija, había adquirido toda la plenitud de sus fuerzas.

—¡Ya estoy curada, completamente curada! repetía loca de júbilo la buena mujer. ¡Cuán buena es la Santísima Virgen! ¡Cuán poderosal...

Después de expresar de esta suerte y repetidas veces su gratitud por tan celestiales beneficios, sintió que se despertaban en su naturaleza los instintos materiales.

—Lubina, querida hija mía; tengo hambre: quiero comer.

—¿Queréis café? ¿Quereis vino, leche? balbuceó la jóven asustada ante la rapidéz, en cierto modo aterradora, de aquel milagro.

—No, no, nada de eso; quiero carne, quiero pan, quiero comer lo que no he comido en veinticuatro años.

Había por casualidad una poca carne fiambre y algo de vino. La señora Rizan comió y bebió con verdadero apetito.

—Y ahora, añadió al cabo de breves instantes, quiero levantarme.

—Pero, madre mía, esto no puede ser, dijo Lubina sin saber lo que le pasaba,

porque imaginaba probablemente que las curaciones realizadas directamente por la mano de Dios, estaban sujetas como las ordinarias á la lentitud y á las precauciones de la convalecencia. Estremeciase considerando que aquel milagro podía desvanecerse en un abrir y cerrar de ojos.

La señora Rizan insistió en su petición, reclamando los vestidos que hacia muchos meses permanecían doblados y guardados en un armario existente en una pieza inmediata. ¡Presumían que ya no volvería á necesitarlos! Lubina salió de la alcoba en su busca, y volvió á entrar en la habitación casi inmediatamente: mas al poner el pié en el dintel de la puerta lanzó un grito y dejó caer al suelo, tan grande fué su asombro, la ropa que llevaba en la mano.

Durante su brevisima ausencia, su madre había abandonado la cama y corrido á arrodillarse delante de la chimenea, encima de la cual se veía una imagen de la Virgen. En semejante postura permanecía dando gracias á su Omnipotente Bienhechora con las manos cruzadas.

Lubina, atónita cual si presenciase la resurrección de un muerto, ni aun acertaba á ayudar á su madre para que se vistiera. Esta tomó la ropa del suelo, vistióse aprisa y corriendo se arrodilló de nuevo á los piés de la sagrada imagen.

A todo esto eran ya las siete de la mañana, es decir, la hora en que salía la gente de la primera misa. El grito que diera Lubina al contemplar á su madre arrodillada, fué oído desde la calle, de

suerte que llegó hasta las gentes que en aquel momento pasaban por delante de la casa.

—¡Pobre muchacha! exclamaron. ¡Por lo visto su madre acaba de fallecer en este momento! Ya dijo el médico que no pasaría de esta hora.

Algunas personas, amigos y vecinos, entraron inmediatamente en la casa, para sostener y consolar á Lubina en su justo dolor. Entre ellas habia dos Hermanas de la Santa Cruz.

—¡Pobre niña! le decian. ¡Consolaos considerando que ha acabado de padecer! ¡Ya volveréis á verla en el cielo!

Y se acercaron á la puerta contra la cual permanecia apoyada la jóven con el rostro desencajado,

Lubina no acertaba á hablarles.

—Mi madre ha resucitado, dijo al fin con voz alterada por una emocion tan fuerte que la hacia desfallecer.

—¡Infeliz! ¡Delira! Pensaron las buenas Hermanas, y penetraron en la habitacion seguidas de algunas personas que subieron la escalera detrás de ellas.

Lubina habia dicho la verdad.

La señora Rizan habia abandonado la cama. Estaba vestida, y rezaba arrodillada ante una imágen de Maria Santísima. Levantóse y exclamó:

—¡Ya lo veis, estoy curada! Demos gracias á la Santísima Virgen. ¡Todos de rodillas!

La noticia de tan extraordinario suceso se propagó por la ciudad de Nay con la velocidad del rayo. Durante todo aquel dia y el siguiente la casa estuvo llena de gentes que con tanta emocion como recogimiento se agolpaban en aque-

lla habitacion, por la cual acababa de pasar la mano bondadosa y omnipotente de Dios.

Desde aquel dia todo el mundo acudió á contemplar á la señora Rizan, á tocar su cuerpo casi resucitado, á convencerse por sus propios ojos del gran poder de la Madre de Dios.

Y todos salian admirados y convencidos de la realidad del prodigio, dando gloria al Todopoderoso y honor á la que sin médicos ni medicinas sabe devolver la salud á los enfermos.

A. C. y C.

Un piadoso personaje romano ha concebido no há mucho el proyecto de fundar una Archicofradia universsl cuyo objeto es reunir el número posible de personas de todas las naciones, á fin de combatir eficazmente los planes de la Masonería. El Patrono de esta Sociedad es San José, protector de la Iglesia universal. Todos los miércoles del año estarán especialmente consagrados á implorar la proteccion de este Santo Patriarca. El centro de la Obra estará en Roma, desde donde ejercerá su influencia sobre el mundo entero. Aunque nacida ayer, cuenta ya esta santa Liga con mas de 6.000 asociados. Numerosos Prelados, Obispos y Cardenales italianos se han apresurado á inscribirse en ella. Las demás naciones es de esperar secunden este movimiento religioso, que seguramente reportará, con el auxilio de Dios, grandes beneficios sobre el mundo católico.

### La mejor obra.

La generosidad consiste principalmente en hacer bien á nuestros enemigos

Un honrado padre de familia, cargado de años y de bienes, quiso antes de morir arreglar su sucesión, distribuyendo entre sus hijos sus cuantiosas bienes, fruto de su trabajo y de su industria. Hizolos llamar, que eran tres, y, haciendo otras tantas porciones iguales de sus riquezas, asignó á cada uno la suya, y dijo: «Réstame únicamente un precioso diamante de gran valor, que destino, como premio, á aquel de vosotros que se haga mas digno de él por una accion noble y generosa, y os concedo tres meses de tiempo para colocaros en estado de obtenerlo.

A poco de esto los tres hijos se dispersaron, buscando á la ventura el medio y ocasion de hacerse acreedores al premio de su anciano padre.

Trascurrido el tiempo prescrito, los tres hijos se presentaron delante de su juez, que les pidió los méritos contraídos. Uno de ellos contestó:

—Durante mi ausencia, mi querido padre, un extranjero desconocedor de la tierra y de las personas, se vió en circunstancias de confiar á alguno toda su fortuna: ese fui yo.

El no tenia de mi seguridad alguna por escrito, ni yo me hallaba en estado de poner una fianza; á pesar de lo cual yo le entregué fielmente cuanto habia puesto en mis manos.

¿No es éste, mi querido padre, un acto de fidelidad muy laudable?

—Tú has hecho, hijo mio, respondió el padre, lo que debias hacer: debieras

haber muerto de vergüenza á haber obrado de otra manera: la probidad es un deber. Tu accion es una accion justa, pero no generosa.

El segundo de los hijos defendió su causa de esta manera:

—Yo, durante mi viaje, me eché un dia á descansar al borde de un lago. A poco de estar, un niño cometió la imprudencia de arrojarle á él. El pobrecito no sabia nadar, y vi que se ahogaba. Yo entonces me arrojé, sin detenerme á reflexionar, al agua, y pude sacarlo fuera; salvándole así de una muerte segura, á la vista de los habitantes de un pueblo que bañaban las aguas del lago, los cuales podrían atestiguar la verdad de mi hecho.

—En buen hora, interrumpió el padre, pero no has hecho mas que un acto de humanidad.

Por fin, el tercero de los hermanos tomó la palabra.

—Mi querido padre, dijo; yo he encontrado durante mi ausencia á mi enemigo mortal, que habiéndose extraviado durante una noche, echóse á dormir; sin que él lo supiese, sobre la pendiente de un abismo; al menor movimiento que hubiera hecho, al tiempo de revolverse, infaliblemente hubiera ido al fondo; su vida estaba en mis manos; entonces me acerqué y le desperté suavemente, separándole de aquel peligroso lugar.

—¡Ah! hijo mio, exclamó el buen padre en un transporte de alegría y abrazándole estrechamente: tú has ejecutado una accion verdaderamente generosa; tuyo, tuyo es el diamante.

G. G.-A.